

El pez que se muerde la cola

La situación por la que atravesamos es penosa, pero ni a corto ni a medio plazo hay posibilidades de un cambio que redirija la línea político-económica hacia opciones más en consonancia con las necesidades reales de la población.

Al margen de un proceso revolucionario, que hoy por hoy se ve muy, muy lejano, la única posibilidad de cambio en el actual orden de cosas es a través de las propias estructuras del sistema, algo también muy difícil y complejo.

Indignación ante el actual estado de la sociedad la hay, y mucha. Pero esta indignación es huérfana de planteamientos ideológicos concretos, y por lo tanto carece de una visión clara de futuro del modelo social, político y económico.

Los partidos mayoritarios, pese a la corrupción, por una parte, y a su sometimiento a los dictados del gran capital por otra, siguen siendo los únicos con opción real a llegar al poder. No es lógico, pero es real.

Para un cambio real del modelo social sería necesario que la composición de la mayoría de la cámara estuviera en manos de las organizaciones de izquierda, hoy minoritarias y en su mayor parte sin representación parlamentaria. No es creíble que tanto el PSOE como, sobre todo, el PP, puedan encabezar un cambio político que rompa con el actual modelo.

Pero la reacción popular, por mucha que sea la indignación y precisamente a causa de la falta de bagaje ideológico, no se manifiesta en los procesos electorales. Y así se ha visto en las últimas elecciones generales.

Cierto es que el sistema electoral no ayuda mucho, todo lo contrario, es un tremendo freno a cualquier cambio político, que solo podrá darse si se produce un vuelco en el voto, reforzando de una forma considerable las opciones políticas de izquierda, hoy minoritarias, y reduciendo considerablemente el peso de los partidos mayoritarios.

Pero ni siquiera esto sería suficiente si no existe una clara voluntad de cambio, y un modelo alternativo. De poco serviría una izquierda en el poder, si esa izquierda no está dispuesta a romper con la estructura actual.

Y tres son los puntos fundamentales que deben ser cambiados para que podamos salir del oscuro agujero en el que nos hallamos.

En primer lugar es necesario recuperar la independencia en las decisiones económicas. Para ello será necesaria la salida de España de la Unión Europea. Debe entenderse que el proyecto de la Europa Unida se ha hecho mal. Desde su inicio, este proceso de unificación ha puesto en sus objetivos los intereses de la gran empresa y del gran capital como elemento fundamental, supeditando los intereses de la ciudadanía al beneficio empresarial. La actual estructura de la Unión Europea es difícilmente reformable, especialmente porque la inmensa mayoría de los políticos de la misma solo responden a la "voz de su amo", el gran capital. De ello se deriva la necesidad de salir de la misma, máxime teniendo en cuenta que, una vez iniciado el primer abandono, es muy probable la desmembración a plazo medio.

Ello no significa que el proceso de unión no pueda ser retomado en el futuro, siempre que el nuevo modelo priorice los intereses de la ciudadanía sobre los del gran empresariado.

Mantener la actual estructura de la Unión Europea significa perpetuar este modelo sometido a los intereses de las grandes empresas, y especialmente a los de un sector financiero que es quien realmente dicta las políticas económicas, en una clara vulneración de los principios democráticos que supuestamente constituyen la vertebración fundamental de la Europa Unida.

Pretender una reforma desde dentro significa deshacer todo lo que hasta el momento se ha realizado, algo extremadamente difícil y sin garantías de una solución aceptable. Por ello es preferible la desaparición de la actual Unión Europea.

El segundo elemento necesario para romper el actual modelo es el frontal rechazo a las políticas económicas liberales, y de total y absoluto libre mercado mundial. Este último solo sería viable, hasta cierto punto y con limitaciones, si los condicionantes de producción (salarios, condiciones laborales, regulaciones ecológicas, etc...) fueran universalmente homogéneas. Pero no lo son, lo que induce a favorecer, económicamente, a aquellos estados cuyas legislaciones son menos exigentes, y por tanto las condiciones de la población son más injustas y las que las responsabilidades empresariales ante la sociedad, en todos sus aspectos, están más difuminadas. A la larga

este modelo liberal induce a la expansión de la miseria, la corrupción y la degradación, tanto de la sociedad como del entorno.

Por tanto, un modelo político realmente alternativo debería cortar por lo sano la libre circulación de productos y capitales.

El tercer elemento a tener en cuenta es realzar el protagonismo económico del estado, como representante de los intereses del conjunto de la sociedad, en el funcionamiento de la economía del país. Es necesario dotarse de una empresa pública fuerte, que pueda ejercer una influencia decisiva en sectores clave, como el financiero, transportes, energía, etc. La función de dicho sector público es doble. Por un lado controlar a las grandes empresas, evitando los actuales abusos. Por otro sustituir la iniciativa privada, cuando esta es incapaz de cubrir las necesidades de la sociedad.

Lógicamente, no es suficiente con romper el actual estatus político, y con la llegada al poder de sectores de izquierda; para sacar adelante tales reformas, sería imprescindible el apoyo popular a tales medidas pues la presión y oposición del capital internacional sería enorme.

Contrariamente a lo que algunos puedan pensar, estos planteamientos no son, en absoluto, revolucionarios, ya que están enmarcados en una política económica que podríamos definir como Keynesiana. Es en realidad una solución que yo veo como temporal, por cuanto estoy convencido de que es el propio sistema, basado en la economía de mercado, el que resulta inviable de cara al futuro. Pero esta es otra cuestión a la que la humanidad se verá enfrentada dentro de algunos años.